



Cónsul General en Los Ángeles (2006-2010).

Embajador de España en la ONU entre 1997 y 2004 (gobierno de Aznar). Allí presidió el Comité de la ONU contra el terrorismo y la Asociación de Embajadores ante la ONU. Secretario de Estado de Cooperación (1991-1993) y subsecretario de Exteriores (1988-1991) en el gobierno de Felipe González. Ha sido director general de la OID (portavoz) de Asuntos Exteriores con tres gobiernos de la democracia: UCD, PSOE y PP. Fue director general del Real Madrid, articulista y autor de varios libros.

Inocencio Arias

Sus libros más recientes: *La trastienda de la diplomacia* (con Eva Celada) y *Los presidentes y la diplomacia. Me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero* (2012, Plaza y Janés) que se encuentra, en medio año, en su tercera edición.



Cómo los vemos y CÓMO NOS VEN

Inocencio Arias

1 *Cómo los vemos: Estados Unidos en España y Europa*

La percepción española, y en buena medida europea, de Estados Unidos está impregnada de una notable ambivalencia. Hay de un lado un patente MIMETISMO hacia lo estadounidense que no implica forzosamente admiración pero sí consumismo, a veces desenfrenado, de los productos de aquel país. Recordemos algunos ejemplos de esto:

- A) Nuria y Francisco Javier estudian en Estados Unidos. Es cierto, la clase media española trata de enviar preferentemente a sus retoños a terminar los estudios de enseñanza media en Estados Unidos.
- B) España es un devorador de cine de Hollywood. Con frecuencia somos el quinto importador mundial y, junto con Gran Bretaña, aparecemos como el país europeo con mayor número de films americanos regularmente entre los más taquilleros de cada semana. Las estadísticas que publica semanalmente la conocida revista *Variety* de Los Ángeles o el suplemento *Metropoli* de *El Mundo* dan fe de ambos asertos. Otro tanto ocurre con el mercado televisivo. Cuando surgen

en nuestro país las cadenas Cuatro y la Sexta quieren, como señuelo en su nacimiento, comprar fútbol y series estadounidenses.

- C) Los autores estadounidenses (Grisham, Follet, Stephen King) son más degustados que los franceses, italianos....
- D) Angelina Jolie, Paris Hilton, George Clooney, MileyCirus..., son más carne de papel couché que sus equivalentes europeos o iberoamericanos.
- E) Los españoles visitan cada vez con más frecuencia Estados Unidos. Pasado el trauma y el parón viajero ocasionado por las Torres Gemelas, España con Méjico, Corea del Sur y Australia fue el país que más aumentó el envío de turistas.
- F) La adopción de costumbres estadounidenses es creciente. Papá Noel y el árbol de Navidad se han colado en muchos hogares españoles por la influencia del cine yanqui y resulta irónicamente cruel que la catástrofe del Madrid Arena en la que perecieron cinco adolescentes ocurriese durante la celebración masiva de la fiesta del Halloween algo que hace 20 años nuestros jóvenes no sabían que existía.



Benjamin Franklin visitó París como enviado diplomático.

Junto a esto hay una patente DESCONFIANZA hacia la política de aquel país, hacia sus instituciones, una condescendencia paternalista hacia la cultura yanqui y un hastío hacia la política exterior que llega a irritación, hostilidad y abierto rechazo si el presidente del momento es del bando republicano.

Esta percepción negativa está, con altibajos geográficos y temporales, muy extendida en Europa. En su intensidad, como veremos, España ocupa un lugar destacado.

Esto no es nuevo. A fines del siglo XVIII el reputado naturalista francés conde de Buffon, autor de una monumental *Histoire naturelle, generale et particuliere* y el primero en clasificar ordenadamente la historia geológica, desarrolló la tesis de que el diluvio universal había llegado al Nuevo Mundo en fechas muy posteriores a las del Viejo. Las conclusiones que extrae de esa premisa nos resultan jocosas: la tardanza de la llegada del agua habría dejado a aquel continente un tanto “blandengue”. Los

animales eran más débiles, los árboles atrofiados, los pájaros de Nueva York cantaban más bajo que los europeos, los hombres eran menos viriles, los pechos de los varones a menudo lactaban, etc...

No menos ocurrente es lo ocurrido a Franklin y Jefferson en su estancia en París como enviados diplomáticos de la nueva nación americana (Jefferson sucedió a Franklin en la Legación en 1785). Ambos emplearon parte de su tiempo en refutar esa tesis de la inferioridad americana respecto a Europa. En una cena, el inventor y diplomático pidió que los americanos y luego los franceses se pusieran de pie para demostrar que los primeros eran más altos.

El siglo XIX aporta abundantes manifestaciones peyorativas y testimonios irritados:

Knut Hamsun: allí, “la vida cultural no existe. Emerson es un charlatán, Walt Whitman un torrente de fervor mal dirigido”.

Charles Dickens: “El capitolio es una banda clamorosa de charlatanes y fulleros” es

Heine: “Las ganancias materiales son la verdadera religión de los americanos. El dinero su único y todopoderoso Dios”

una de las conclusiones de la su ahora olvidada *American Notes*. El genial novelista inglés visitó Estados Unidos, donde era idolatrado, en 1842. Hubo tensiones con sus anfitriones que se originaron en buena medida, ¡oh paradojas de la historia!, en el rechazo que los americanos manifestaban hacia el respeto de los derechos de autor. Dickens consideraba esto, y otros aspectos de la mentalidad americana, un tanto primitivo.

Heine: “Las ganancias materiales son la verdadera religión de los americanos. El dinero su único y todopoderoso Dios”.

Talleyrand comentaba que florecían allí “32 religiones y sólo un plato para comer” mientras que Stendhal se quejaba de “la tiranía insensata de la opinión pública americana”.

Duhamel, ya en el siglo XX, despotricaba contra Hollywood: “Las películas americanas son una diversión para salvajes, un caballo de Troya para la americanización del mundo”.

Para las décadas recientes resultaría excesivamente prolijo enumerar las diatribas emanadas de boca de personas de la izquierda europea. Sería equivocado, con todo, concluir, que ese sentimiento adverso encuentra sus raíces sólo en la izquierda. En Francia, apunta Barnard Henry Levy, halla fuerte arraigo en la derecha. Charles Maurras y sus seguidores, por ejemplo, aborrecían la idea de una nación abstracta, sin mayor memoria, artificial, cuya naturaleza surgía

de la libre voluntad, de un acuerdo... En España, baste recordar en la época del franquismo a Blas Piñar y su entonces resonante artículo “Hipócritas”, un cintarazo ruidoso a la política estadounidense.

En España, algunas de las causas de este fenómeno serían históricas:

- A) Recuerdo hiriente del desastre del 98 - con la arrogante actitud americana en el incidente del Maine - en escritores e intelectuales, creadores de opinión, de buena parte del siglo XX.
- B) Eisenhower rescató a Franco, según la visión de bastantes demócratas y de la casi totalidad de la izquierda hispana.
- C) Resentimiento, decreciente, hacia la política de Washington con Iberoamérica. (El gigante Goliath frente a nuestro primo David).
- D) Ausencia de sentimiento de gratitud existente en las franjas más provecas de la población de Europa occidental: a nosotros no nos salvaron directamente de los nazis y no saboreamos los frutos de su Plan Marshall.

En Francia habría otras. Políticos actuales como Vedrine no vacilaban en afirmar, en la era Clinton, que “el unilateralismo americano es el principal problema del mundo”. Bernard Koutchner, de su lado, explicaba llanamente que “el antiamericanismo es el motor de la política exterior francesa”. Buena muestra de la aparente o real rentabilidad de ese antiamericanismo es la campaña presidencial de la señora Segolene Royal en el 2007. Recogemos dos botones de muestra de su forma de zurrarle a Sarkozy”:

“¿Está Francia dispuesta a votar por un americano neoconservador que lleva un pasaporte francés?”

“Antes Europa importaba *jeans, films, cocaola*. ¡Ahora Nicolas Sarkozy está proponiendo que importemos a Dios!”



El analista americano Roger Cohen concluye que, a menudo en Francia, los Estados Unidos se convierten en una abstracción moldeada por prejuicios más que una nación inteligible a través de la experiencia” (*International Herald Tribune*. 1 Julio 2007). Pierre Rigoulot, de su parte, sostiene en su libro *L'antiaméricanisme* que hay en muchos períodos de la historia una “pensé unique” francesa hacia Estados Unidos y afirma que existió una presión larvada sobre escritores y periodistas para oponerse a la decisión americana de derribar a Sadam Hussein. Señala que ni uno solo de los diarios que cuentan a nivel nacional o regional, ninguna cadena de televisión apoyó el derrocamiento del iraquí. El desaparecido Jean François Revel alumbró también abundantes y cartesianos escritos sobre la obsesión antiamericana de sus compatriotas y de los europeos. Tiene una cierta lógica que el libro *11 Septembre 2001: L'Effroyable Imposture* fuese publicado en Francia y obtuviese allí un considerable número de ventas. La obra desmenuza la audaz tesis de que el 11 de Septiembre fue un complot del FBI, que ningún avión chocó contra el Pentágono y que los judíos sabían lo que iba a ocurrir en Manhattan.

No nos dejemos en el tintero ejemplos alemanes. El ensayista y poeta germano Hans Magnus Enzensberger recuerda al evocar el revolucionario 1968: “El turbulento gentío de los del 68 no perdió tiempo en denunciar su antiguo objeto del deseo: USA-SA-SS, gritaban” (equiparación de Estados Unidos con la siniestra policía nazi). “El imperialismo era su grito de batalla, la CIA ocupaba el lugar del Diablo, y al final de la jornada unos cuantos exaltados de la izquierda llegaron incluso a tirar bombas contra las mismas bases americanas que nos habían protegido de los soviéticos”.

Más recientemente el canciller Schroeder en su última campaña electoral, criticando ciertas políticas sociales de Washington, pregonaba: “saquear a la gente modesta no es la costumbre alemana”. Curiosamente en su agenda electoral presentaba propuestas que imitaban la legislación de

Recuerdo el sofoco que pasé en mi época de embajador en Naciones Unidas cuando en una cena uno de los comensales, hispano parlante, me comentó que cómo era posible que en España el 61% de los que respondían a una encuesta dijeran que estaban en contra de la guerra de Irak

Clinton y dejaban a 7 millones de personas fuera de abundantes servicios de la seguridad social.

Lo que nos devuelve a la cuestión de las causas de los resabios comunes a varios países europeos. Destaquemos dos:

-La amenaza soviética se esfumó. Cuando los tanques rusos se encontraban a escasos kilómetros de Berlín, los políticos alemanes podían permitirse menos alegrías en sus actitudes y en sus puyas antiamericanas en sus justas electorales.

- La hostilidad hacia el coloso, el sentimiento antiimperial, todo lo que encarna el gigante y el mero hecho de su existencia. Como dice Elliot Cohen en *Foreign Affairs*, “el imperio es envidiado, resentido, sospechado, se desconfía de él y, bastante a menudo, se le odia”.

Los Estados Unidos son así, con relativa frecuencia, acusados de una cosa y de la contraria:

- El FBI sabía todo lo de las Torres Gemelas frente a “les pilló en pelotas, a pesar de sus medios no se enteran”.

- Es un país religioso, un tanto beato frente a “son irreligiosos, lo único que les preocupa es el dinero”.

- Son demasiado puritanos, pudorosos frente a “están obsesionados con la pornografía”.

La animosidad asciende al cubo cuando el presidente es republicano. (Lo que no quiere decir que los demócratas salgan sistemáticamente bien parados. En las viñetas de *El País*, Carter era a menudo presentado con un aspecto más ridículo que el conocido defensor de las libertades soviético Breznez). Reagan era reflejado, por lo tanto, como un mal actor de serie B, un ignorante (paradójicamente es el tercer o cuarto presidente más estimado de la historia por sus compatriotas) y con Bush hijo, aliado del político español a demonizar, es decir de Aznar, no había la menor tregua. No ya por su azarosa y criticada intervención en Irak sino por cualquier de su política y su persona. De este modo:

- A) Se le achacaban pecados no cometidos, por ejemplo el tener una política emigratoria intransigente y hasta racista. En realidad, era partidario de legalizar a varios millones de emigrantes y la oposición del Congreso lo impidió.
- B) No se le reconocían méritos o simples hechos reconocidos en su país o por la comunidad internacional:
 - 1) Pago de los importantes y dilatados atrasos que Estados Unidos debía a las Naciones Unidas y que tenían a la organización al borde de la parálisis. Clinton prefirió no quemarse con el Congreso en el tema. Bush canceló la mayor parte de la deuda.
 - 2) Financiación de lucha contra el sida en África... “El presidente que más ha hecho en ese tema”, el cantante Bono dixit.
 - 3) Comercio con Cuba. En el mandato de Bush, Estados Unidos, a pesar del embargo, se convirtió en el mayor suministrador de alimentos a la isla. Para los españoles, y los europeos, ser presidente yanqui y republicano es un estigma per se. En las recientes elecciones estadounidenses de noviembre, los españoles “votaron” masivamente por el candidato

demócrata. Un 73,9% estaban contentos con el triunfo de Obama mientras que un minúsculo 2,5% estaban descontentos (Oleada BRIE Nov. 2012)

En España, esa visión negativa de Estados Unidos alcanza, por lo tanto, cotas elevadas. Estamos entre los campeones occidentales en desaprobación. El porcentaje de los que consideran que el liderazgo mundial de Estados Unidos es indeseable es alto (una encuesta del prestigioso Pew Research Center mostraba que España y Alemania a fines de la década pasada eran las dos naciones de Europa occidental con un mayor índice de desaprobación de Estados Unidos). Hay un marcado escepticismo hacia la proclamada intención de Washington de promover la democracia en el mundo árabe y, por supuesto, nuestro país es casi líder europeo en creer que en las actuaciones americanas en esa zona su única motivación es controlar el petróleo. Un asombroso 95% de nuestros compatriotas creían que ésa era la razón principal, casi única, de la intervención de Bush en Irak. Fue hasta la enarbolada por el respetado y culto Fernán Gómez en su alegato público contra la guerra. En otras latitudes aunque el petróleo entre en el razonamiento de los que atacaron la guerra se mencionaban con fuerza otras causas, desde proteger a Israel hasta desalojar a un tirano que había atentado contra Bush padre pasando por la del deseo de Washington de rehacer el mapa del Medio Oriente.

Recuerdo el sofoco que pasé en mi época de embajador en Naciones Unidas cuando en una cena ofrecida por los Rotarios estadounidenses uno de los comensales, hispano parlante, me comentó en inglés que cómo era posible que en España el 61% de los que respondían a una encuesta nacional dijeran que estaban en contra de la guerra de Irak, “aunque estuviese aprobada por la ONU”. Dos de los comensales me interpellaron: “Embajador, incluso si la apoya la ONU, ¿qué les hemos hecho a ustedes?”



La pregunta era elocuente y en su irritación los comensales estaban inadvertidamente mostrando unas ciertas peculiaridades de la reacción española ante una intervención armada. El español parece claro, incluso activamente, pacifista; ahora bien ese pacifismo es ruidoso, patente, casi visceral si en el conflicto armado está envuelto Estados Unidos. A poco que se les incite millares, casi millones de españoles están dispuestos a echarse a la calle para protestar por el derramamiento de sangre. Sin embargo, todo ello se transforma en una marcada indiferencia, una inhibición casi absoluta si en el conflicto en cuestión, por cruento que sea, no intervienen los Estados Unidos o lo hacen a regañadientes o sin jugar un papel protagonista. En esos casos parece que Juan Español entiende que el asunto no va con él. Parecidamente el apoyo, no siempre entusiasta, de los españoles a las misiones de paz mengua considerablemente si se cree que en la operación en cuestión Estados Unidos tiene un papel protagonista (Oleada BRIE fines de 2012).

En otras palabras, el pacifismo español es singularmente selectivo. No hay mar de pancartas cuando la Unión Soviética invade Afganistán, no hay indignación cuando en Ruanda se asesina a machetazos en 100 días a unas ochocientas mil personas, no hay protestas a lo largo del 2012 con los acontecimientos en Siria, aunque alguien de la ONU hable de genocidio y existan testimonios fehacientes de que el régimen de Assadha ha bombardeado y torturado a niños. Un estadounidense, diplomático o no, residente en España debió ver con perplejidad que nuestra Academia del Cine dedicara casi monográficamente la gala de los Goya del 2003 a denunciar la intervención estadounidense en Irak y, no obstante, permaneciera impasible ante cualquiera de las demás atrocidades que brotan en el tablero internacional. El americano en cuestión sabía perfectamente que buena parte de la indignación estaba basada en darle una patada a Bush en el culo de Aznar pero incluso así debía, y debe, encontrar curiosa la selectiva ira celtibérica que parece perdurar. (En octubre, la

El alemán Joffe sostiene que hay una obsesión europea con que Estados Unidos es moralmente deficiente y social y culturalmente retrógrado

agraciada actriz Aida Folch recordando sus inicios confesaba a *El Mundo*: “El embrujo de Shanghai’ fue en el año del No a la guerra. Tenía 14 años cuando empecé y rodé, a los dos meses de mi debut, ‘Los lunes al sol’. Las dos películas fueron las dos más premiadas ese año y, además de alucinar con lo que estaba pasando por la polémica de la guerra de Irak, me sentía contenta y orgullosa de haber empezado tan bien mi sueño...” Nuestro americano debe asimismo alucinar con la fijación de nuestros cineastas, con pocas excepciones, con la guerra de Irak y su inhibición ante cualquier conflicto).

Hay puristas legales que arguyen, con razón, que su rechazo de lo de Irak estaba cimentado en que la ONU nunca apoyó la intervención (lo que es cierto, las Naciones Unidas no condenaron el ataque a Irak pero nunca lo apoyaron). No se engañan, pero pocos años antes otra coalición de países intervino militarmente en Kosovo y sólo alguna voz aislada mostró su descontento. Aludo a esto porque la intervención en Kosovo tampoco estuvo apoyada por la ONU y, sin embargo, las pancartas, las manifestaciones masivas, las diatribas... brillaron por su ausencia.

La inquina, la suspicacia hacia los estadounidenses se extiende, como hemos



Asamblea general de las Naciones Unidas.

apuntado a otras zonas del globo. En las fechas que redacto estas líneas, encontramos otro buen ejemplo: la Duma de Rusia está a punto de aprobar un decreto que prohíbe la adopción de niños de esa nacionalidad por estadounidenses. Basándose en un par de casos desdichados, la teoría ya está construida, o interesa elaborarla, de que los americanos tratan mal a los rusitos adoptados. Las estadísticas, sin embargo, arrojan una realidad totalmente distinta. De los 60.000 niños rusos adoptados por familias estadounidenses sólo 19 han muerto. A lo largo del mismo período, unos 1.500 de los adoptados por padres rusos han fallecido. (*Financial Times* 20/12/2012)

Las reticencias hacia la política exterior americana corren paralelas con un paternalismo hacia la cultura de los estadounidenses. El alemán Joffe sostiene que hay una obsesión europea con que Estados Unidos es moralmente deficiente y social y culturalmente retrógrado. En este sentido, la condescendencia europea es multiforme; “no tienen cultura, la cultura es solo un tema para ciertas elites” son clichés frecuentes. Un autor noruego afirma que es “imposible que sus compatriotas digan que los americanos son inteligentes”. Incluso si alguien les replica que alguna importancia tendrá que 70% de los

La burguesía asiática quiere preferentemente formarse en Estados Unidos

ganadores del Premio Nobel sean estadounidenses no se apearán del burro. “Aunque todos los americanos fueran profesores les seguiríamos llamando estúpidos”.

Las cifras, una vez más, ilustran una realidad algo más compleja. La estadística citada de los Nobel es significativa, podíamos seguir, un 60% de muchas universidades prestigiosas de Estados Unidos tienen becas o ayudas; toda la burguesía china o asiática quiere preferentemente formarse en aquel país y la comparación de la actividad cultural entre Estados Unidos y Francia, país que hasta ayer mismo parece haber venido creyendo que la cultura es algo inventado



Barack Obama y José Luis Rodríguez Zapatero en su primer encuentro.

exclusivamente en suelo francés, resulta ilustrativa tal como recogía hace años *Le Monde* (24/11/2006):

	Estados Unidos	Francia
Bibliotecas	120.000	4.319
Habitantes por biblioteca	2.500	14.586
Museos	17.500	1.200
Habitantes por museo	17.143	52.500
Salas de cine	38.852	5.373
Habitantes por sala de cine	7.722	11.725
Teatros líricos	96	15
Habitantes por teatros líricos	3,1 millones	4,2 millones

Los franceses, en cambio, leían algo más que los estadounidenses (62% habían leído un libro al año y 57% de americanos lo habían hecho).

En el mundo universitario algunas cifras del otro lado del Atlántico son apabullantes. Hay en Estados Unidos 3.257 bibliotecas universitarias de las cuales unas 70 albergan cada una más de 2,5 millones de libros. Estamos convencidos de que las cifras de

consumo cultural españolas resistirían difícilmente la comparación. Nueva York o Chicago no dan ciertamente una fotografía exacta de Estados Unidos pero Madrid tampoco es una buena instantánea de la realidad española. En el 2011, la capital de España albergó entre el 27 y el 30% (16.650) de las funciones teatrales que se ofrecieron a escala nacional (60.948). Madrid acreditó asimismo 20,5 millones de espectadores de los que acudieron al cine en toda España (98,2 millones).

2 *Cómo nos ven*

En la era Obama, Europa ha desaparecido un tanto del radar político estadounidense. Simultáneamente, Asia, y dentro de ella China, han aumentado enormemente su importancia. Están constante y, a veces ominosamente, presentes. Siempre en el terreno político recordemos que Obama, después de celebrar en 2009 una Cumbre EE.UU.-Europa en la que, al parecer, quedó pasmado y hastiado de la cantidad de personalidades que debían tomar la palabra del lado europeo decidió no asistir a la siguiente que debía tener lugar en España, que fue cancelada, lo que dejó a Zapatero

No hay animosidad hacia España. Existió esporádica sólo en algunos medios después de la retirada de Irak que ordenó Zapatero. Escribe Eduardo Lago que “la decisión de Zapatero fue un gesto cargado de simbolismo que molestó profundamente a una buena parte de los norteamericanos”

compuesto y sin novio e impidió que tuviera lugar el encuentro de efectos cósmicos que había anunciado jubilosamente la señora Pajín. Por otra parte, en los debates de la reciente campaña electoral Europa ha estado ausente. China, Irán y Oriente Próximo fueron los protagonistas.

Hecha esta aclaración que explica algo la paulatina pero creciente disminución de las noticias europeas en los “media” estadounidenses, examinemos la imagen que tienen de nosotros, centrándonos en nuestro país.

En lo tocante a España, la gran pregunta sería: ¿Nos ven? Poco y confusamente.

Digamos, para comenzar que no hay animosidad hacia España. Existió esporádica sólo en algunos medios después de la retirada de Irak que ordenó Zapatero. Escribe Eduardo Lago que “la decisión de Zapatero fue un gesto cargado de simbolismo que molestó profundamente a una buena parte de los norteamericanos”. Yo matizaría a Lago diciendo, sin magnificarla, que la retirada de nuestras tropas del país asiático no tuvo excesivo eco en los “media” americanos y que en los círculos oficiales, donde sí fue resentida, molestó más que la espantada en sí, que era esperada, la forma en que fue realizada, considerada precipitada etc... y las explicaciones falaces que se dieron para justificarla, la de que nuestros militares allí estaban en situación ilegal etc..., lo que era falso de toda falsedad.

La animosidad estadounidense sí brota, sin embargo, en relación a Francia. Hay en muchos americanos una mezcla de papanatismo hacia lo francés, en la comida, en la moda, en la consideración de la capacidad de seducción de

las francesas... con una tirria que cuando emerge es consistente y extendida. La oposición francesa a la intervención en Irak levantó rochas que no surgieron con la parecida enconada y contraria actitud de Alemania. En comentarios, tertulias televisivas, etc... las puyas sobre la ingratitude de los franceses, que habiendo luchado “mediocrementemente en dos guerras” y siendo en ambas rescatados por Estados Unidos con el sacrificio de muchos de “nuestros boys” que perecieron en Normandía, las Ardenas etc... eran ahora los que ponían más zancadillas a Washington en la ONU, fueron constantes. Quinta esencia de las críticas fue una portada del *New York Post* en la que se veían a algunos embajadores sentados en la mesa del Consejo de Seguridad y en la que las cabezas del galo y el germano habían sido sustituidas por las de dos comadreja gigantes. Lo que resumía gráficamente los epítetos con que describían a nuestros vecinos en esas fechas, “comadreas cobardes come caracoles”. Un congresista llegó a la ridiculez de pedir que en el menú del restaurante del Capitolio la denominación “French fries”, expresión por la que se designa lisa y llanamente las patatas fritas, fuera sustituida por la patatas patrióticas o algo parecido. Se publicó que el gobierno de París había contratado a Woody Allen para que endulzara la imagen de Francia.

El encrespamiento aflora de vez en cuando. Hace pocos años, la revista *Time* publicaba una encuesta sobre “La muerte de la cultura francesa” y hubo un pequeño clamor en Francia por la insólita afrenta. Con la cultura francesa no se juega. Olivier Poivre, director de la agencia encargada del “rayonnement” de la



Equipo olímpico de baloncesto norteamericano en Barcelona 92.



cultura francesa logró colocar una larga carta en el semanario estadounidense en la que decía que “la cultura no es solamente el pasaporte de sus creadores, sino la capacidad de un país para acoger la cultura de los demás” e, ironizaba, apuntando que la diferencia entre los dos países es que nueve franceses de 10 saben quién es Marcel Marceau y sólo uno de cada diez americanos han oído hablar de Norman Mailer. Los argumentos de la refutación francesa no eran especialmente contundentes (¿acaso es París el paraíso de las culturas como hace medio siglo y Nueva York no lo es? ¿Por qué en vez de Norman Mailer, un escritor, no se compara a Meryl Streep?) pero demostraba el pique entre dos culturas que se creen peculiarmente excepcionales.

Los roces en el pasado en el terreno internacional entre los dos países han sido frecuentes, Suez en 1956, la salida de de Gaulle de ciertas estructuras de la OTAN... El general francés había sido incómodo desde el principio para los americanos, Roosevelt lo trató de desleal, poco cooperativo y poco confiable, Truman lo tildó de psicópata.

Francisco Ayala deducía que la percepción estadounidense de España estaba anclada en un pasado folklórico

No hay pues inquina, volvamos a España, hacia nosotros pero la difusa simpatía que puede existir está teñida de un gran desconocimiento. Hay una pobre asociación con estereotipos de diversión (paella, sangría, sol y vida nocturna intensa...) y recuerdo constante de los conquistadores.

Hace años, visitando varias zonas de Estados Unidos con el príncipe Felipe en una comida en Tejas me tocó cerca un inversor americano que había hecho pinitos en Europa.

Había tenido algún interés en España. Desearo hacer cortésmente conversación me interrogó sobre los productos punteros de la exportación de nuestro país. Cuando contesté que nuestro primer rubro eran los automóviles me miró perplejo y me aclaró gesticulando como quien habla con un niño: “no, no, quiero decir los que ustedes venden, (levantando la voz), “VENDEN FUERA DE ESPAÑA”.... Le volví a repetir: “cars”. Se resignó educadamente a no preguntarme de nuevo pero me dio la impresión que seguía creyendo que yo no había entendido su pregunta o que, otro español chistoso, me quería quedar con él.

Francisco Ayala deducía que la percepción estadounidense de España estaba anclada en un pasado folklórico. España ha cambiado enormemente pero los estereotipos continúan dominando. Arrancan con la obra de Washington Irving y alcanzan una sólida plasmación con lo reflejado en diversas novelas de Hemingway que han sido estudiadas abundante y, a veces obligatoriamente, en las “highs cholos” estadounidenses durante muchos años. Como escribe el mencionado Lago, “la actitud de Hemingway perpetúa la visión de España como algo exótico, un tanto salvaje y primitivo, donde subsisten rituales inasimilables para el mundo civilizado como los toros”. Este cliché se ha esfumado sólo parcialmente. Acontecimientos como los exitosos del 92, Expo de Sevilla y Olimpiadas de Barcelona no proporcionaron un giro espectacular en la imagen exterior de nuestro país. Ayudaron a mejorarla, como ahora acontece con la modernidad de ciertas empresas españolas en áreas como la energía o la construcción, pero ni los estereotipos ni el desconocimiento se diluyen de la noche a la mañana.

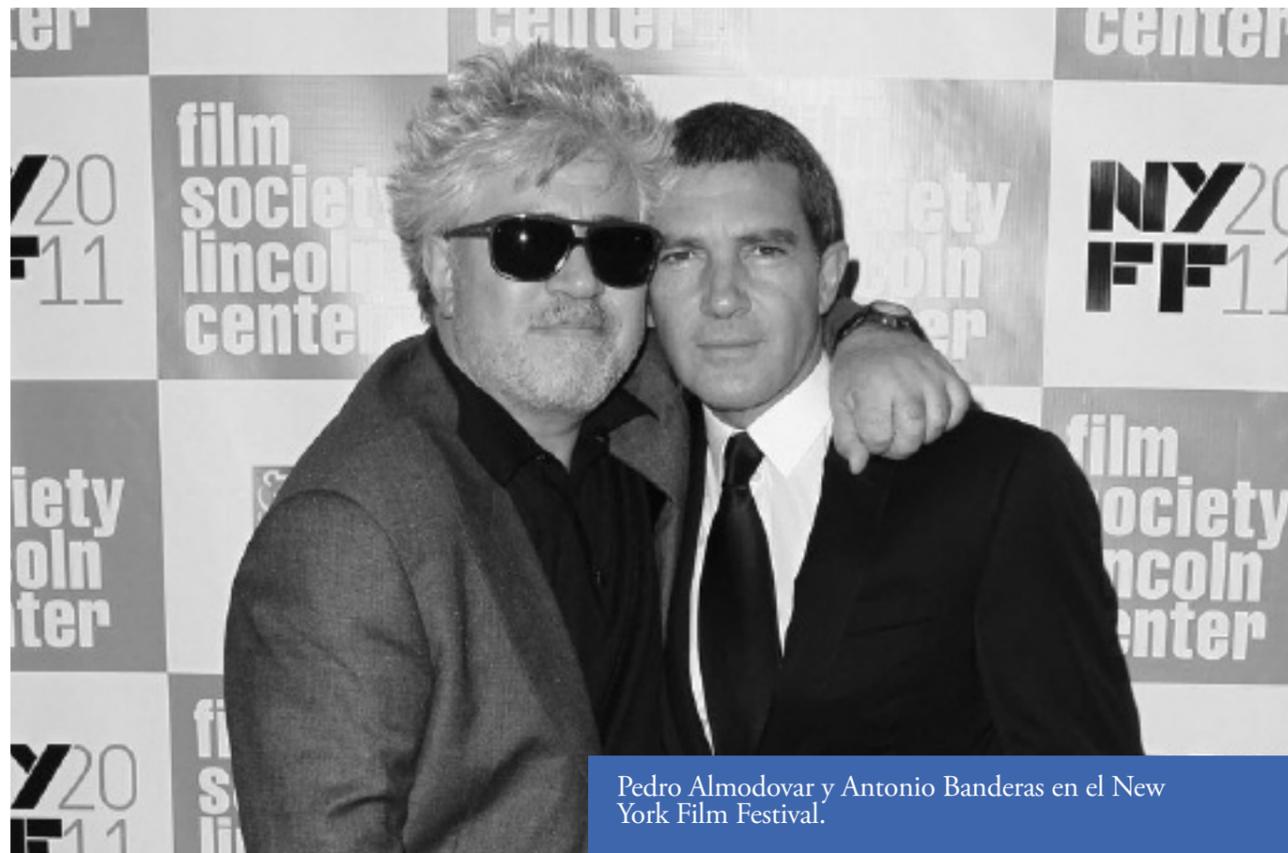
En un país líder mundial, que es un continente y en el que en la época de Clinton un porcentaje inusitado de senadores confesaban no haber viajado nunca al exterior no es fácil darse a conocer. España, además, es sólo una potencia media que se codea esporádicamente con las grandes en algún terreno. Sin embargo y aún teniendo en cuenta estas dos

El español prefirió buscar fortuna hace más de un siglo en países de nuestra estirpe, Argentina, Méjico, Cuba...

La colectividad española en el país, a diferencia de la polaca, irlandesa, alemana, por no hablar de la mejicana o cubana es extraordinariamente minúscula (¿86.000 personas?)

verdades, un español residente en Estados Unidos concluiría que nuestra presencia en aquellos medios culturales, periodísticos... es inferior a nuestro peso específico en el tablero internacional y al de otras naciones de igual o inferior estatura. No anda desencaminado y no hay que sulfurarse. Las razones serían varias:

Las hay históricas. La más importante sería la escasa emigración española a Estados Unidos; por razones de idiosincrasia, el español prefirió buscar fortuna hace más de un siglo en países de nuestra estirpe, Argentina, Méjico, Cuba...o incluso legales (la cuota para españoles que estableció la Ley de emigración estadounidense era reducida). La colectividad española en el país, a diferencia de la polaca, irlandesa, alemana, por no hablar de la mejicana o cubana es extraordinariamente minúscula (¿86.000 personas?). Ello minimiza el conocimiento de nuestras costumbres, cultura... Recordemos que durante décadas, la fecha del 12 de Octubre y la figura de Colón fueron secuestrados totalmente y sin pudor por los italianos.



Pedro Almodovar y Antonio Banderas en el New York Film Festival.

Asimismo determinante ha sido que los libros de historia estadounidenses, los que estudian los colegiales, han oscurecido o silenciado nuestra ayuda en la consecución de la independencia del país. Porque los reyes españoles de la época lo hicieran de tapadillo para no tener una guerra con Londres o por la cactería americana al reconocer las deudas después de desgajarse de Inglaterra la contribución española es pasada por alto. Lafayette es citable y citado infinidad de veces, Gálvez, no.

A esto se uniría el ya mencionado gigantismo estadounidense que le impide fijarse en otras naciones si no les crean problemas, y España no les crea problemas, y el confusio-nismo con Méjico y lo hispano que dificulta a veces que nos singularicen. (¿Es Plácido Domingo español o mejicano, las dos cosas, en realidad, pero y Julio Iglesias popularísimo en Estados Unidos durante muchos años?).

España tiene unas modestísimas cifras comerciales con Estados Unidos. Hay años que vendemos la cuarta parte que Irlanda o Corea

y la sexta que Gran Bretaña y los americanos tampoco se despepitan por visitar nuestro país. Una media de un millón de personas lo hace al año, cifra bastante reducida si la comparamos con los que viajan a otros países europeos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania... y si tenemos en cuenta el nivel de ingresos y el número de ciudadanos estadounidenses (313 millones).

Nuestra presencia en los medios culturales es, por bastante de lo dicho, muy exigua. Hay pocos autores españoles traducidos en ediciones de una cierta difusión (Zafón, Pérez Reverte, Javier Marías, Muñoz Molina, más amplia la de los dos primeros) y la presencia de nuestros creadores en la muy prestigiosa New York Review of Books es exigua e inferior en volumen a la de otros países. Nuestro cine, con la excepción de Almodóvar, es desconocido. Hay llamaradas fugaces como "El laberinto del fauno" pero son eso, muy fugaces. Con Almodóvar ocurre igual que con nuestra cocina. Es un director francamente apreciado por la crítica estadounidense casi sin excepción, yo diría que si a una docena

de los más prestigiosos comentaristas cinematográficos de Yanquilandia se les dijese que elaborase una lista con los ocho directores que más aprecian actualmente nueve o diez incluirían al cineasta manchego. Los demás son casi todos ignorados. El precio que los buenos aficionados sienten por él, no quiere, con todo, decir que Pedro Almodóvar estrene en 500 salas de cine.

En la cocina hay algo similar. Nuestros chefs, Ferrán Adriá y Arzac son colocados en la cúspide de las revistas especializadas. José Andrés tiene un interesante programa de televisión y se ha atrevido a abrir con fortuna una media docena de restaurantes en el país. Sin embargo, la clase media americana ignora totalmente nuestra cocina. Haraganear por cualquier ciudad importante estadounidense, Nueva York, Chicago, Los Ángeles equivale a ver centenares de restaurantes italianos, mejicanos, japoneses, incluso coreanos, algunos franceses y pocos, muy pocos españoles.

Culminada la transición, que allí fue intermitentemente alabada, los focos se han desplazado de nuestro país. Puede que en estos momentos haya en España un único corresponsal fijo de los medios de información estadounidenses que siguen dando cuenta religiosamente de un encierro de los Sanfermines y ahora de la tomatina valenciana. Dos fijos en la televisión. De vez en cuando, muy de vez en cuando, leemos un reportaje sobre el progreso de España en renovables y sobre la filosofía y el éxito de Zara, los piropos sobre esta firma abundan, el último sería un largo y valioso artículo nada menos que en el suplemento dominical de principios de noviembre del *New York Times* pero aparecen ahoranubes en el horizonte informativo.

Llevamos casi un año en que el dicho de "que hablen de ti aunque sea mal" no es precisamente saludable. Tendríamos que pedir que se nos aplicara el inglés de "no news is good news" Los medios de información del Imperio americano exhiben pálpitos poco optimistas; sacan la crisis ("¿son fiables los bancos españoles?", "España y su deuda son eslabones débiles en la cadena europea") hasta en sus aspectos penosos (la infame foto del *New York Times* mostrando a un necesitado escarbando en un cubo de basura), las manifestaciones con slogans fascistoideas y

Llevamos casi un año en que el dicho de "que hablen de ti aunque sea mal" no es precisamente saludable. Tendríamos que pedir que se nos aplicara el inglés de "no news is good news"

chocantes para ellos ("la soberanía no está en el Parlamento sino en la Puerta del Sol") y, lo que es más serio para un lector americano, el desh-lachamiento autonómico. Las abundantes frases y aptitudes de políticos catalanes siembran la incertidumbre sobre la viabilidad de nuestro país. Si un lector estadounidense se empapa en la misma semana de que el presidente de una importante parte de España, es decir Cataluña, tapa el retrato del Jefe de Estado al pronunciar su alocución navideña y lo remata diciendo que fue una decisión de su Protocolo, si lee que el mismo político pregona que Cataluña se "encuentra subyugada e inerte" y que el portavoz de otra parte importante del país, el País Vasco, declara que no lo impiden pero que no encuentran deseable que se emita por la televisión autonómica el mensaje del Rey, ese lector yanqui, nos aprecie o le seamos indiferentes, ha de preguntarse moviendo perplejo la cabeza: "Where is that country going?" Y se le podría responder: "That is the question".